

Xavier Zubiri, cien años

HELIO CARPINTERO*

El año 1998 ha estado particularmente lleno de centenarios. Tanto, que han comenzado los centenarios de algunas de las personas que he conocido. Estas celebraciones parecían estar siempre destinadas a los hombres de otros tiempos; ahora, en cambio, se refieren ya al inmediato presente, y convierten en objeto de homenaje y respeto lo que ayer era aún viva y bullente realidad.

Esto ocurre con la figura de Xavier Zubiri. Tengo a veces la impresión de que su figura, breve, pulquísima, va a volver a ocupar alguna de las tribunas madrileñas desde donde, de tiempo en tiempo, ofrecía, con un patetismo y gesto impresionantes, pensamientos complejos sobre cuestiones divinas y humanas, pensamientos que con extrema dificultad íbamos algunos tratando de recoger con indecible esfuerzo en forma de apuntes apresurados. Pero eso ya no es posible, y en cambio se ha cumplido el primer centenario de su nacimiento en 1898.

Como el poema de Mallarmé,

*Tel qu'en lui-même
l'éternité le change...*

* Catedrático de Psicología. Universidad Complutense.

Ha empezado para él esa eternidad que fija los caracteres de cada uno de los mortales. No está de más tratar de adivinar las líneas principales de su perfil en esta hora prima.

Para comenzar, hay que situarlo en la tradición filosófica española de este siglo. No es una tarea sencilla.

Es sabido que Zubiri tuvo una formación eclesiástica y teológica de base, en la que él siempre destacaría su discipulado con el P. Juan Zaragüeta, filósofo y educador, vasco como el propio Zubiri, cuyo pensamiento estuvo inspirado en el grupo neoescolástico del cardenal Mercier en Lovaina. Tras esa primera etapa, Zubiri centró pronto su norte en el mundo de la filosofía del siglo XX, de la mano de dos de sus más grandes creadores: Ortega y Heidegger. Con Ortega se formó en la Universidad de Madrid; con él hizo su tesis sobre fenomenología del juicio, finalmente obteniendo la cátedra de Historia de la Filosofía en la facultad madrileña.

Pasó también en Alemania algún tiempo; allí estudió con Heidegger, pero también se enriqueció con las enseñanzas de físicos como Schrödinger, filólogos como Werner Jaeger, matemáticos, teólogos, biólogos, en una meditada acción que le llevaría a combinar filosofía, ciencia y teología, de acuerdo con aquellos modelos clásicos del saber de la era del Barroco, de los que tal vez pudieran ser prototipos Leibnitz o Newton.

Tras su vuelta a España, en la facultad de Madrid, colaboró con Ortega, García Morente, y Gaos en la creación de un espacio intelectual en que iban a crecer nuevos talentos —María Zambrano, Julián Marías, Antonio Rodríguez-Huéscar, Leopoldo Palacios, entre otros— a los que la guerra civil alcanzó recién licenciados y dispersó dramáticamente.

En efecto, la guerra española y luego la II guerra mundial deshicieron de modo tremendo una de las épocas cimeras de pensamiento que ha habido en la historia, en Europa y desde luego en España, reduciéndola a restos y despojos.

A pesar de todo, Zubiri resultó ser un ave fénix, capaz de resurgir de las cenizas. En España, tras la guerra, se había producido un vacío filosófico, que se quiso rellenar con filosofía escolástica, principalmente tomista. Hubo incluso un intento de convertir a don Marcelino Menéndez Pelayo en clave intelectual de la nueva situación. Para una serie de intelectuales jóvenes, interesados por las nuevas tendencias —el existencialismo, el neopositivismo, las nuevas formas de filosofía científica— la figura de Xavier Zubiri se convirtió en un modelo a cultivar y a respetar. En él parecían unirse lo mejor de la tradición de la desaparecida Facultad madrileña con lo mejor del pensamiento católico y los saberes de la ciencia moderna. Ciertamente tras la guerra, por presiones eclesiásticas, no pudo volver a enseñar en su cátedra de Madrid. Lo intentó en Barcelona dos años, pero al cabo regresó a Madrid, donde llevaría desde mediados de los cuarenta una vida privada, dedicada al estudio y la enseñanza. Aun a pesar de envolverse en una espesa cortina de privacidad y lejanía, la imagen de Zubiri fue elevándose en el horizonte.

Entre 1939 y 1960 —reténgase ambas fechas— Zubiri publicó un solo libro formado por ensayos, escritos en su mayoría en los años pasados: *Naturaleza. Historia. Dios* (1944). También fue notable su prólogo a la *Historia de la filosofía* de Julián Marías, libro de enorme difusión entre estudiantes. Pero sólo ciertos grupos minoritarios tuvieron contacto con su persona, y sólo desde 1948 se pudo tener

acceso a su pensamiento a través de un curso anual, donde fue creciendo y fraguando su nueva fama de filósofo magistral impuesto en todas las ciencias. En 1959, “Alcalá”, una revista cultural de falangistas innovadores, le publicó un homenaje, y en éste se reunió tal vez la más selecta conjunción de nombres de la “intelligentsia” de la época, con notable ausencia de los pensadores más ligados al franquismo. Aquel homenaje daba por sentado la existencia de una nueva filosofía, que estaría al nivel de la ciencia más rigurosa de la época, y donde no faltaba el camino de acceso a una teología ortodoxa a la par que innovadora.

Tras un nuevo período de silencio, entre los años 60 y 80 volvió a profesar cursos más o menos breves, de tema vario, que han ido desde filosofía de la religión hasta el espacio, la voluntad o la metafísica. Con el apoyo de una fundación privada, alejado de la universidad y de toda enseñanza oficial en ella, seguido por un público fiel de variada edad y formación, esos cursos fueron desgranando su modo de ver la realidad.

Éste se fue vertiendo en conceptos que requerían todo tipo de neologismos para su expresión cabal. Algún día se hará una tesis sobre sus lenguajes filosóficos, el primero más cercano al de sus maestros, el segundo más peculiar donde se sustantivizan las preposiciones y se multiplican los adverbios en mente: tal vez eso ayude a entender más a fondo la mente de su creador. No será imposible: aunque en veinte años no publicara más que un libro, a su muerte había seis —si las cuentas no me fallan—, y gracias a unos editores que hacen ahora una extraordinaria labor, se podrá disponer de unas dos docenas en los primeros años del nuevo siglo, al haberse transcrito y pulido los cursos orales que fueron en su día grabados.

¿Cómo dar una idea mínimamente sugeridora de su pensamiento? Procuraré trazar un elementalísimo bosquejo de su núcleo intelectual.

La filosofía ha venido siendo un esfuerzo por lograr el esclarecimiento de la realidad en su totalidad. No sólo aquella que hace frente al hombre sino también la que le constituye a este mismo. Para lograr tal propósito los filósofos procuraron siempre hallar una realidad básica —Ortega la llamó siempre “radical”—, en que las demás pudieran estar contenidas. Así, sabida aquella, resultan sabidas o entendidas todas, al menos hasta un cierto punto.

Los maestros de Zubiri, Ortega y Heidegger, cumplieron cada uno a su manera esa tarea. Ortega entiende que toda realidad para serme tal requiere darse en “mi vida”, y por ello filosofar será para él analizar y esclarecer esta realidad estructural que es “mi vida”; Heidegger, en cierto modo más tradicional, verá toda realidad bajo la idea de ser, pero como esta última no puede comprenderse en su radicalidad sin verla emerger dentro de la existencia, y del modo de ser del existente —y el hombre es el modelo concreto de tal “existente”— se hace precisa una aclaración de la existencia —que es lo que busca el existencialismo.

La estructura del hombre se halla así en el centro de bóveda de esas filosofías. Como se puede comprender, la filosofía como respuesta depende esencialmente de cómo sea el ser que empieza a preguntarse por ella.

Zubiri se mueve, como sus maestros, en ese mismo horizonte de la realidad. Como ellos ve que es el hombre quien encuentra ante sí —y también en sí mismo— la realidad. Y propone una cierta definición

del hombre: recordando a los pensadores clásicos, dirá que el hombre puede ser considerado como el animal al que se le presenta la realidad: es un “animal de realidades”.

Un paso más, y precisará lo que considera como real: por lo pronto, es aquello que aparece como independiente, como suficiente, como siendo “de suyo”. Aparece como algo que tiene “su” estructura, “sus” propiedades, “su” consistencia, y todo aquello que le hará aparecer ante mí como lo hace.

Pero para que al hombre aparezca esa realidad y la capte, será preciso que aquél posea una facultad, una estructura, una vía con que llegar a ella. La respuesta de Zubiri es un concepto complejo: “inteligencia sentiente”.

Inteligencia no quiere decir aquí facultad de resolver problemas o de dar respuestas adaptativas. Tiene un sentido más radical. Una y otra vez, en los escritos del filósofo aparece ese término como pieza clave de su pensamiento. La realidad, piensa Zubiri, está ahí, pero se me muestra a mí como real. El contacto primario con ella es a través del sentir: siento algo con mis sentidos. Pero lo siento, dirá nuestro filósofo, como siendo a la vez algo real; siento un dolor, pero como dolor real; me noto hambriento, pero de un modo “realmente” hambriento, padeciendo un hambre “real”. Para él, esto significa que hay una estructura que aprehende por la vía del sentir, pero que aprehende realidades, como independientes, frente a mí, ahí, otras que yo, todo lo cual ya no es “mero sentir” sino —dirá Zubiri— “inteligir”. La inteligencia sentiente es según él la estructura antropológica básica que nos abre a lo real, nos sitúa en el mundo real, y nos coloca como hombres en ese mundo.

La delicada interrelación que mediaba entre filosofía y antropología, en la obra de sus maestros, se compagina aquí con la ayuda de innumerables saberes de la ciencia positiva. Eso abre una larguísima serie de cuestiones: ¿Con qué estructura corpórea aparece en el universo la inteligencia sentiente? ¿Bajo qué forma de homínido podría empezar a pensarse que ha emergido esa estructura esencial? ¿Cómo entender la evolución universal de modo que pueda vislumbrarse su apertura al nivel del hombre? Pocos filósofos habrá habido recientemente tan embebidos en el conocimiento de los menores detalles de una biología y una paleontología que están en expansión en nuestro siglo. Por ahí se ve hacia dónde ha ido en su acercamiento a la ciencia: en busca de saberes positivos sobre ciertos “hechos esenciales” que eran a su juicio claves para la comprensión del hombre.

Por el otro extremo, nunca ha dejado Zubiri de sentirse impelido a clarificar su cosmología y antropología en el horizonte de la teología, e inversamente, de aclarar ésta desde los conceptos de aquellos otros saberes, en una continua complicación de teorías. La teología representa un cierto saber sobre el último fundamento de lo real, al que los hombres se abren, sienten, vislumbran, o formalizan bajo los modos del saber religioso y los saberes místicos.

El “primer Zubiri”, el reflejado en su libro “Naturaleza. Historia. Dios”, vio que la vida humana o la existencia —los términos con que sus maestros habían venido laborando— no era posible sin un fundamento “que hace ser”. Fue un modo feliz de empezar a plantear el hecho religioso, a partir de esa fundación o fundamentación, una estructura ontológica que fundaría la existencia o vida a que llamó “religación”.

Luego, a medida que fue dejando atrás su interés por aquella pareja de términos, y volviendo los ojos hacia las estructuras del “animal de realidades”, hubo de añadir nuevos matices a esa religación: lo real que funda sería ante todo lo real como “poder”, y el “poder” de lo real abriría a la perspectiva del ser fundante, llámese deidad o como se quiera. El hombre situado ante lo real llega a advertir que lo real le hace ser, le fuerza a ser, e incluso le posibilita ser: esta es una dimensión radical de la realidad en que aparece como siendo nuestro fundamento.

Desde las religiones y los libros sapienciales a los genes, las galaxias, las “enanas blancas” —unas densísimas estrellas— o la paleontología, la mente del “último Zubiri” aspiró a que nada le fuera ajeno.

Encajarlo todo, irlo encadenando de modo que al fin se lograra un sintaxis universal, cósmica, incluso abierta al más allá, ha sido la obra de su vida. Es probable que la veintena de volúmenes que se proyectan no sea, en el fondo, más que “un principio”.

La fertilidad de un pensamiento está en su capacidad para clarificar la realidad permitiendo al hombre avanzar en su exploración. Como suele decir el hombre de ciencia actual, la prueba del paradigma o modelo en vigor dentro de una parcela de saber consiste en su capacidad de generar nuevas preguntas y permitir ir las respondiendo, en un universo donde la realidad emerge inexorable, irremediamente.

Se prueba el pastel cuando se come —dicen los anglosajones. Se prueba una filosofía cuando esclarece y enriquece la existencia. Habrá que probar, sobre todo, su idea de realidad. Presentada primero como “un modo de parecérsenos” algo en sentido fenomenológico, ha sido luego explorada como el modo de ser de un algo que tendría total independencia del sujeto, en un sentido básicamente realista. Este tránsito entre ambos tipos de consideraciones, fundamentalismo para cualquier metafísico, no dejará de dar en el futuro algún que otro quebradero de cabeza.

También será preciso, a no dudar, reconstruir el proceso de su evolución intelectual: nada suele ser tan esclarecedor como ver las sucesivas rectificaciones de un pensador a sus concepciones básicas.

En el pórtico del segundo centenario de Zubiri, que ahora se ha abierto —y que terminará, si no hay contratiempos, en el año 2098—, veremos cómo va dando de sí esta filosofía. Ya ha contado con una extraordinaria fortuna, puesto que ha habido quienes han salvado los cursos del “segundo Zubiri”, lo que ha hecho posible que todas esas materias que ahora van publicándose no se hayan perdido. Está pues abierto el camino para la absorción intelectual de tan amplia empresa.